Acerca del sujeto insustituible

Presentación de *Lenguaje, cultura y algoritmos. Convergencias entre la inteligencia artificial y las humanidades*, Claudio M. Conforti (comp.), Pontificia Universidad Católica Argentina, 2026

Gustavo Riesgo

Texto para el Mg. Claudio M. Conforti

Autoridades del Instituto de Enseñanza Superior N.º 1 «Dra. Alicia Moreau de Justo», colegas, estudiantes:

Lamento no poder acompañarlos en esta presentación. Mis palabras les llegan, nada menos, por la voz del compilador del libro, y la circunstancia encierra una ironía que es bueno denunciar de entrada: quien lee estas páginas presta su voz, no su firma; es agente de la lectura, pero no autor ni responsable de lo que en ellas se afirma (aunque es bienvenido a con-cordar). La voz puede prestarse; la responsabilidad por lo dicho permanece en quien lo firma. El libro que hoy se presenta gira, de principio a fin, en torno a esta diferencia, sencilla en su formulación y enorme en sus consecuencias.

*

En el último capítulo del volumen aparece una línea de derecho tributario argentino que no promete, a primera vista, ninguna filosofía. Establece que ciertas sociedades tributarán el Impuesto sobre los Bienes Personales «en calidad de responsable sustituto de sus integrantes». Silvana Debonis la presenta en tres versiones inglesas: la que devuelve un sistema de inteligencia artificial, la de un traductor sin especialización y la de un traductor especializado. Las dos primeras coinciden palabra por palabra: *substitute responsible party*. La tercera dice *surrogate taxpayers*, y añade lo que la norma supone sin hacerlo explícito: que la obligación recae sobre la sociedad y no directamente sobre los socios.

Las dos primeras versiones resultan lingüísticamente plausibles: la oración se entiende, el registro es formal y nada en ella llama la atención. Falta, sin embargo, algo que no es de orden lingüístico: el mundo al que pertenece la expresión —un régimen fiscal, una figura jurídica, una modalidad precisa de obligación—. El ejemplo nos enfrenta con un dato incómodo: el error no basta para distinguir a las máquinas de las personas, porque ambas pueden incurrir en él. La diferencia es otra. Una persona puede omitir el juicio y limitarse, como una máquina, a administrar equivalencias entre expresiones; un sistema, en cambio, no puede ejercerlo. Esta escena mínima condensa el litigio que atraviesa el volumen y permite señalar tres distinciones fundamentales entre artefactos y sujetos, entre algo y alguien: registrar no es conocer; calcular no es juzgar; y estar ahí, como lo está un artefacto disponible, no es ser en sí, como subsiste una persona.

*

La forma más antigua de esta delimitación se encuentra en el capítulo de Ian Henríquez Herrera y Roxana Álvarez Sanguineti, que vuelve sobre el libro primero del Digesto de Justiniano. Allí se lee: *iuris praecepta sunt haec: honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*. Vivir honestamente, no dañar a otro, dar a cada cual lo suyo. Los autores hacen del tercer precepto un método: antes de preguntar qué pueden hacer los sistemas algorítmicos, preguntar qué les es debido y qué le es debido, por contraste, a la persona. La respuesta tiene la parquedad de las buenas sentencias: «Tratar a un humano como cosa es nefando. Y tratar a una cosa como humano es ridículo».

Son dos inadecuaciones simétricas, y la segunda dista de ser inocente. El capítulo sostiene que dispensar a una máquina el trato debido exclusivamente a la persona termina por degradar a esta última, porque la exclusividad de ese trato forma parte de lo que se le debe. No se trata de purismo verbal ni de nostalgia metafísica. Los autores lo expresan con una sobriedad que es también admonición: «el derecho es un arte modesto». Dar a cada cual lo suyo comienza por llamar a cada cosa por su nombre.

La lengua de dos tradiciones antiguas guarda la clave, con las debidas reservas históricas. En la semítica, nombrar se vincula con el dominio sobre lo nombrado; en la griega, el nombre aspira a manifestar la naturaleza de aquello que designa. En ambas, el nombre excede su materialidad verbal: todo puede recibir un *nomen*, pero solo para una inteligencia personal el *nomen* se hace *lumen*.

De allí surge una distinción que el volumen deja en manos del lector como instrumento de discernimiento. Una cosa es la equivalencia entre signos, que puede establecer un artefacto dotado de potencia sintáctica; otra, el juicio que adjudica a cada cosa su nombre justo, y del que alguien responde. Los modelos de lenguaje establecen correspondencias entre expresiones a partir de regularidades estadísticas, sin que en esa operación intervenga comprensión alguna de su alcance jurídico. La justeza de una denominación, en cambio, remite a la relación entre el signo, aquello que designa y el contexto en que se emplea: exige a alguien capaz de comprender qué significa «responsable sustituto» en el régimen fiscal argentino y de responder por haberlo dicho así. Las máquinas de lenguaje producen formulaciones de una solvencia creciente, y esa solvencia vuelve cada vez más difícil advertir la diferencia. Pero la justeza de lo dicho no reside en la frase aislada: es cosa de quien la asume y la firma.

*

Ese alguien tiene una figura, y el libro la presenta en su primer capítulo. Dulce María Santiago abre su recorrido con una frase de Max Scheler que conserva intacto su filo: «en ninguna época ha resultado el hombre tan problemático como en la actualidad». El capítulo recorre los humanismos del siglo XX, ateos y cristianos, en sus vertientes contrapuestas, hasta llegar a la promesa transhumanista de un ser humano sin límites, perfeccionable por la técnica hasta rozar la inmortalidad. Frente a esa promesa, la pregunta decisiva ya no es solo qué puede hacer el hombre de nuestro tiempo, sino quién responde por lo que ese poder hace posible.

Más allá del capítulo, la propia lengua ofrece una pista. En el latín *respondere* resuena *spondere*, verbo de la promesa solemne: responder es comprometer la palabra ante otro. El ser humano que aparece en estas páginas no es un haz de capacidades en expansión, sino un ser interpelado: alguien a quien se dirige una llamada y que puede contestar o negarse a hacerlo. La aptitud para responder no se reduce a la capacidad de producir resultados. Un sistema puede igualar el resultado de una actividad humana, e incluso superarlo; puede ser causa de un efecto sin ser autor de un acto. Por eso no se convierte en sujeto imputable: la responsabilidad por ese resultado recae en las personas que lo diseñan, lo emplean y lo hacen propio.

*

La ficción advirtió esta tensión mucho antes de que adquiriera su formulación teórica actual. El tercer capítulo, de mi autoría, lleva un nombre acuñado deliberadamente: *Aipóiesis*. Designa el intercambio entre dos dominios que suelen presentarse como separados: la ficción científica, que imagina, y la técnica, que construye. Algunas narraciones amplifican el alcance de la ciencia de su tiempo y le proponen desafíos: son transposiciones. Otras toman desarrollos técnicos reales y los

convierten en relato, o imaginan sus posibles prolongaciones: son formas de mímesis. Entre unas y otras no circulan únicamente temas; circulan también mitos, que el público puede llegar a recibir como hechos.

El mito tiene aquí una genealogía venerable. En el *Fedro*, el rey Thamus objeta a Theuth, inventor de la escritura, que el nuevo arte no será remedio de la memoria sino del mero recordatorio, y que dará a sus discípulos apariencia de saber en lugar de saber. El capítulo encuentra en esa escena una advertencia pertinente para la inteligencia artificial generativa, que puede inaugurar una nueva escala de sustitución: aquella en la que la herramienta que asiste al pensamiento termina confundiéndose con el pensamiento al que sirve. El sustituto, otra vez.

El mecanismo de esa sustitución tiene un nombre: atribución mental. Ante un artefacto que procesa lenguaje escrito o hablado, las personas tienden a adjudicarle la comprensión propia de un interlocutor; ante uno que ejecuta acciones complejas, tienden a suponerle agencia. El capítulo denomina a este movimiento desplazamiento epistémico: se predica del artefacto aquello que solo corresponde a los sujetos. El resultado es una doble inversión, «una reificación de la persona y una personalización de la cosa», y con ella la equiparación de dos relaciones de distinto orden: la de alguien con alguien y la de alguien con algo. Quien haya seguido el argumento advertirá que esta fórmula y la del Digesto se iluminan mutuamente. Lo nefando y lo ridículo de que hablan Henríquez y Álvarez Sanguineti aparecen, desde la teoría del conocimiento, como cosificación del ser humano y personificación de la máquina: un mismo desorden, examinado desde el derecho y desde la epistemología.

La ficción no inventó ese desorden; lo heredó. Detrás de los robots del cine, el capítulo identifica una estructura narrativa recurrente, que denomina mitologuema de la criatura artificial: el desafío al orden establecido, un saber técnico adelantado a su tiempo, un desarrollo secreto, una falla imprevista; después, las consecuencias no deseadas, los daños colaterales y el enfrentamiento entre la criatura y su creador. El lector de Mary Shelley reconocerá esos motivos en el laboratorio de Victor Frankenstein, y hallará sus antecedentes, no siempre idénticos, en el barro y la palabra cabalística del Gólem de Praga, en el mármol de Galatea bajo las manos de Pigmalión y en las criaturas que Hesíodo hace surgir de la fragua de Hefesto, entre ellas Pandora. En estas historias, la creación artificial queda atravesada por un *pathos* que va de la decepción al horror. Hay en ellas algo del *fascinans* y del *tremendum* de lo sagrado, como si se cruzara un umbral. La subcreación de un semejante, por emplear el término de Tolkien que el capítulo adopta, produce imágenes que imitan lo personal sin alcanzarlo.

El cine dio a ese umbral una divisa comercial. En *Blade Runner*, Tyrell explica a Deckard que el comercio es el objetivo de su empresa y que su lema es «más humanos que los humanos». Pocas fórmulas condensan mejor una tentación de nuestra época.

El capítulo se abre con una advertencia de Kissinger acerca de una tecnología potencialmente dominante que todavía busca una filosofía capaz de orientarla, y se cierra con el consejo de Horacio a los dramaturgos: «No hagáis intervenir a un dios, sino cuando el drama es digno de ser desenredado por un dios». La inteligencia artificial suele presentarse hoy como ese *deus ex machina* que desataría desde lo alto los nudos de la educación, del trabajo o de la traducción. Los nudos son reales. Lo que el libro pone en cuestión es que la máquina pueda ocupar el lugar de ese dios, y que un desenlace merezca llamarse solución sin alguien que responda por él.

*

Sería un error presentar este libro como un coro. No lo es, y en ello reside buena parte de su valor. Enrique Alonso escribe sobre lógica natural y lógica formal declarándose, en sus propias palabras, «materialista militante», y explica la capacidad inferencial humana en el marco del éxito evolutivo de nuestra especie. En el mismo volumen, otros capítulos comprenden a la persona desde un humanismo abierto a la trascendencia. Las dos perspectivas no se reconcilian, y el libro no pretende reconciliarlas. Alonso deja planteada, además, una pregunta que ningún capítulo clausura: «¿por qué somos capaces de razonar lógicamente?». Una respuesta apela a la presión selectiva; otra, a un intelecto capaz de recibir todas las formas. Entre ambas subsiste un desacuerdo filosófico sustantivo, no un malentendido que pueda disiparse con buena voluntad.

Hay otra tensión, más cercana al oficio de quienes enseñan lenguas. Henríquez y Álvarez Sanguineti sugieren, con prudencia y en términos condicionales, que el español, con su distinción entre ser y estar y sus matices entre querer, desear y amar, ofrece una geografía de la interioridad más diferenciada que la del inglés, lengua a su juicio más anclada en el fenómeno. La tesis admite objeciones, y el propio volumen aporta elementos para formularlas. En los ejemplos de Debonis, la expresión inglesa *tight labor markets* designaba con precisión una situación de escasez de mano de obra; las dos versiones no especializadas, la automática y la humana, la reducían por igual a «mercados laborales ajustados». La insuficiencia no residía en la lengua de partida, sino en la falta de juicio durante la traducción. Hasta qué punto la lengua conforma la interioridad, o si el juicio gobierna sobre cualquier lengua, es una cuestión que el libro deja, con buen criterio, abierta.

Que voces tan dispares convivan en un mismo volumen es mérito del compilador. Claudio Conforti reunió el derecho romano, la antropología filosófica, la ficción científica, la lógica y la formación de traductores, y practicó con ellos el precepto que comenta uno de los capítulos: dio

a cada voz lo suyo, incluida la que disiente. Quien solo hubiera admitido coincidencias habría compuesto un catálogo; aquí hay un libro.

*

Queda la escena inicial, que ahora se deja comprender de otro modo. En toda aula donde se corrige una traducción, en todo escritorio donde alguien firma como propio un texto venido de otra lengua, se representa un pequeño drama de responsabilidad que nadie puede asumir por entero en lugar de otro. La *machina sermonis* ofrece un discurso, y lo ofrece cada vez mejor. Pero frente a la deuda cognitiva y al sedentarismo intelectual que puede engendrar una delegación indebida, sigue siendo indispensable el juicio de una inteligencia personal capaz de hacerse cargo. Hoy se habla de curar contenidos; la palabra conserva el sentido latino de *cura*: cuidar de algo, hacerse cargo de ello.

El derecho tributario conoce la figura del responsable sustituto: un sujeto obligado a responder ante el fisco por una deuda que corresponde originariamente a otro. Este libro, con sus cinco capítulos, sus seis autores y su compilador, sostiene algo difícil de admitir en tiempos de automatización: existe un ámbito en el que nadie puede responder por otro. Por la justeza de los nombres, por dar a cada cosa lo suyo, cada cual debe hacerse cargo de lo que dice. Allí no hay responsable sustituto.

Gustavo Riesgo
philofai.org